

COMEZÓN DE OÍR

EN BUSCA DE LO NUEVO Y MISTERIOSO...
PERDIENDO LA VERDAD...



OSVALDO REBOLLEDA

COMEZÓN DE OÍR



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción	5
Capítulo uno: El problema de esta generación	10
Capítulo dos: ¿Por qué creemos en la Biblia?	16
Capítulo tres: La formación del Canon	21
Capítulo cuatro: Los libros apócrifos	27
Capítulo cinco: Confundidos con la misma Biblia	33
Capítulo seis: Perdidos en los idiomas y las tradiciones	38
Capítulo siete: El engaño de lo oculto	43
Capítulo ocho: Redes sociales y falsa enseñanza	48

Capítulo nueve: La suficiencia de las Escrituras	53
Capítulo diez: Volver a la centralidad de la Palabra	59
Capítulo nueve: Cuidadosos al estudiar y al enseñar la Biblia	64
Conclusión	69
Palabra para líderes de hoy	73
Oración final	76
Reconocimientos	78
Sobre el autor	80



INTRODUCCIÓN

“Cuando la curiosidad desplaza la verdad”

“Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias”

2 Timoteo 4:3

Vivimos en una generación saturada de información, pero peligrosamente escasa de revelación verdadera. Nunca antes hubo tanto acceso al conocimiento, y sin embargo, nunca la Iglesia estuvo tan expuesta a un torrente constante de voces que compiten por su atención, moldean su pensamiento y, en muchos casos, desvían su fe. No se trata simplemente de un cambio cultural o de una evolución tecnológica, sino de una transformación profunda en la manera en que los creyentes buscan, reciben y validan lo espiritual.

El problema no radica en la existencia de la tecnología, ni siquiera en la abundancia de contenidos, sino en la disposición del corazón que consume sin discernir, que escucha sin filtrar, que se fascina sin examinar. En este contexto, la advertencia apostólica de Pablo cobra una vigencia inquietante, porque él anuncia un tiempo en que los creyentes no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, escucharán a maestros conforme a sus

propias concupiscencias. Esta no es una descripción lejana ni una posibilidad remota; es un diagnóstico preciso del tiempo presente.

La “comezón de oír” no es simplemente curiosidad inocente, sino una inclinación desordenada del alma que busca estímulos constantes, novedades espirituales, interpretaciones alternativas, misterios ocultos y revelaciones que prometen profundidad, pero que en realidad muchas veces encubren desviación.

Es un apetito que no se satisface con la verdad sencilla y poderosa del Evangelio, sino que exige constantemente algo más, algo distinto, algo que despierte emociones y genere la ilusión de estar accediendo a niveles superiores de entendimiento.

En esta búsqueda incesante de lo nuevo, lo extraño y lo aparentemente profundo, muchos creyentes han desplazado, casi sin darse cuenta, la centralidad de la Palabra de Dios. Ya no es la Escritura el fundamento desde donde se examina todo, sino que se ha convertido en un elemento más dentro de un amplio menú de contenidos espirituales. Se escucha la Biblia, sí, pero al mismo nivel que teorías, interpretaciones dudosas, relatos conspirativos, enseñanzas sin sustento y narrativas que mezclan fragmentos de verdad con grandes dosis de error.

Este fenómeno no es accidental. Responde a una combinación peligrosa de factores: la pérdida del temor de

Dios, la debilitación del discipulado sólido, el rechazo a toda forma de autoridad espiritual y una cultura que promueve la inmediatez por encima de la profundidad.

Se quiere entender lo profundo sin haber transitado lo básico, se busca revelación sin haber cultivado intimidad, se anhela autoridad espiritual sin haber pasado por procesos de formación y obediencia. Como resultado, se genera una fe superficial, vulnerable, fácilmente influenciable y propensa al engaño.

El enemigo de nuestras almas no necesita negar la verdad cuando puede diluirla. No necesita destruir la Escritura cuando puede lograr que pierda su lugar central. No necesita eliminar la fe cuando puede redirigirla hacia fuentes contaminadas.

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”

2 Corintios 11:3

Tal como advierte el apóstol Pablo El objetivo de las tinieblas de este siglo, sigue siendo el mismo que en el principio de los tiempos: desviar el corazón de la pureza, de la sencillez y de la centralidad de Cristo.

Este libro nace como una respuesta a ese desvío, no desde una postura crítica liviana o sin contenido, sino desde una carga magisterial y una convicción profunda de que la

Iglesia necesita volver urgentemente a sus fundamentos. No se trata de rechazar todo lo nuevo por sistema, ni de negar que Dios sigue hablando por Su Espíritu, sino de establecer con claridad inquebrantable que toda voz, toda enseñanza y toda supuesta revelación debe ser examinada a la luz de la Escritura, que es suficiente, perfecta y eterna.

Aquí no encontrarán un llamado al temor irracional, sino al discernimiento espiritual; no una invitación al aislamiento, sino a la madurez; no una crítica sin dirección, sino una propuesta clara: volver a la centralidad de la Palabra, restaurar el valor del discipulado verdadero, recuperar el temor de Dios y formar creyentes que no sean movidos por cualquier viento de doctrina (**Efesios 4:14**), sino arraigados, firmes y establecidos en la verdad.

Porque el problema no es que Dios haya dejado de hablar; como dice **Hebreos 1:1**, Él ha hablado y sigue hablando. El verdadero problema es que hemos perdido la capacidad de honrar Su voz en medio del ruido. Hemos trivializado lo sagrado, hemos relativizado la verdad y hemos permitido que la liviandad ocupe el lugar donde debería habitar el peso de la gloria de Dios.

La liviandad nunca será una plataforma digna de revelación. La profundidad no se alcanza explorando lo oculto, sino permaneciendo en la verdad. Y la luz no se encuentra persiguiendo sombras, sino volviendo a la fuente eterna de toda revelación: la Palabra de Dios.

Este es un llamado. No a saber más, sino a volver mejor. No a descubrir secretos, sino a abrazar la verdad. No a acumular información, sino a ser transformados por la revelación genuina que proviene de Dios.

Es tiempo de dejar de rascar la comezón... y comenzar a escuchar la voz del Señor.



Capítulo uno

EL PROBLEMA DE ESTA GENERACIÓN

*“También debes saber esto: que en los postreros días
vendrán tiempos peligrosos...”*

2 Timoteo 3:1

Hay momentos en la historia donde los síntomas espirituales de una generación revelan con claridad el estado de su alma, y el tiempo que estamos viviendo no es la excepción. No estamos simplemente frente a cambios culturales o avances tecnológicos; estamos ante una transformación en la manera en que el ser humano percibe la autoridad, interpreta la verdad y se relaciona con Dios. Lo preocupante no es solo lo que está cambiando, sino la velocidad con la que está ocurriendo y la pasividad con la que muchos creyentes lo están asimilando.

Una de las características más evidentes de esta generación es la pérdida progresiva del respeto hacia todo aquello que represente autoridad. Este fenómeno no se limita

al ámbito social o político, sino que ha penetrado profundamente en la vida de la Iglesia.

La figura de autoridad espiritual, que bíblicamente fue establecida como un instrumento de edificación, cuidado y dirección, hoy es frecuentemente cuestionada, relativizada o directamente rechazada. No desde un sano discernimiento, sino desde una cultura que ha aprendido a sospechar de todo, a validar únicamente lo que coincide con sus propias ideas y a rechazar cualquier forma de corrección.

Sin embargo, esta crisis de autoridad no es el problema principal, sino la consecuencia de algo más profundo: la pérdida del temor de Dios. Porque cuando el hombre deja de temer a Dios, inevitablemente deja de honrar todo lo que proviene de Él.

El temor de Dios no es terror, sino una profunda reverencia, un reconocimiento de Su santidad, de Su soberanía y de Su autoridad absoluta. Es lo que ordena el corazón, lo que establece límites, lo que produce obediencia genuina. Como declara **Proverbios 1:7**, “*El principio de la sabiduría es el temor de Jehová*”, y cuando ese principio se pierde, todo lo demás comienza a desordenarse.

Una generación sin temor de Dios es una generación que se vuelve liviana en su forma de creer, superficial en su manera de vivir y vulnerable en su capacidad de discernir. Ya no hay peso en las decisiones, no hay profundidad en la búsqueda, no hay seriedad en la relación con lo eterno. La fe

se convierte en una experiencia emocional, fluctuante, adaptable a las circunstancias y moldeada por las tendencias del momento.

En este contexto, el discipulado ha sufrido un deterioro alarmante. El modelo bíblico de formación, que implicaba enseñanza, corrección, acompañamiento, proceso y transformación, ha sido reemplazado en muchos casos por un consumo constante de contenidos espirituales fragmentados.

Se ha pasado de ser formados a ser entretenidos, de ser discipulados a ser estimulados, de crecer en carácter a acumular información. Pero el conocimiento sin formación no produce madurez; produce, en el mejor de los casos, una ilusión de crecimiento que no resiste la prueba del tiempo ni la confrontación con la verdad.

Jesús no llamó a sus seguidores a consumir enseñanzas, sino a negarse a sí mismos, tomar su cruz y seguirle (**Mateo 16:24**). El discipulado verdadero siempre implicó renuncia, compromiso y transformación profunda. Sin embargo, hoy muchos creyentes buscan independencia espiritual, una fe sin sujeción, una relación con Dios sin rendición, un camino donde puedan elegir qué aceptar y qué descartar según su conveniencia. Esta búsqueda de autonomía espiritual no es libertad; es una forma sutil de rebeldía que debilita la fe y expone al engaño.

A esto se suma otro elemento clave: la curiosidad sin fundamento. La curiosidad en sí misma no es negativa; puede ser una puerta al aprendizaje y al crecimiento. Pero cuando

no está sostenida por una base sólida de verdad, se convierte en un terreno fértil para el error. Es aquí donde la **“comezón de oír”** encuentra su espacio ideal, porque alimenta ese deseo constante de descubrir algo nuevo, algo distinto, algo que pocos conocen. Y en ese camino, muchos terminan prestando oído a voces que no edifican, a enseñanzas que no están arraigadas en la Escritura y a interpretaciones que distorsionan el mensaje del Evangelio.

El problema se agrava aún más en una cultura marcada por la inmediatez. Vivimos en la era de lo rápido, de lo instantáneo, de lo accesible. Todo está al alcance, todo se puede consumir en segundos, todo compite por captar la atención. Pero la profundidad espiritual no funciona bajo esa lógica. El conocimiento de Dios requiere tiempo, dedicación, meditación y perseverancia. No se obtiene desplazándose superficialmente sobre la Palabra, sino sumergiéndose en ella.

Sin embargo, muchos quieren lo profundo sin haber transitado lo básico. Quieren interpretar misterios sin haber entendido los fundamentos. Quieren enseñar sin haber sido formados. Quieren revelación sin haber cultivado intimidad. Y así se genera una fe superficial, donde se cree saber, pero en realidad no se sabe; donde se habla con seguridad, pero sin sustento; donde se repiten conceptos, pero sin comprensión real.

El apóstol Pablo advierte en **Efesios 4:14** que no debemos ser **“niños fluctuantes, llevados por doquiera de**

todo viento de doctrina". Esta imagen describe con precisión el estado de muchos creyentes hoy: inestables, influenciados, constantemente movidos por nuevas corrientes de pensamiento, por enseñanzas llamativas, por discursos bien elaborados pero vacíos de verdad. Y lo más preocupante es que muchas veces no son conscientes de su condición.

Porque cuando la base no es sólida, cualquier voz puede parecer válida. Cuando no hay profundidad en la Palabra, cualquier interpretación puede sonar convincente. Cuando no hay discernimiento, cualquier apariencia de espiritualidad puede engañar.

Esta es la tragedia silenciosa de nuestra generación: una fe que parece activa, pero que carece de raíces; una búsqueda espiritual intensa, pero desorientada; un hambre real, pero mal direccionada. Y en ese escenario, la Iglesia enfrenta uno de sus mayores desafíos: volver a formar creyentes sólidos en medio de una cultura que promueve la superficialidad.

No se trata de condenar a esta generación, sino de entenderla para poder responder con verdad. Porque donde abunda la confusión, la luz debe brillar con mayor claridad. Donde hay superficialidad, la Iglesia está llamada a profundizar. Donde hay desorden, el Reino debe establecer estructura.

El problema no es que esta generación busque; el problema es dónde está buscando. No es que tenga hambre; es con qué se está alimentando. No es que desee oír; es a quién está escuchando. Y mientras la comezón de oír siga guiando la búsqueda, la verdad seguirá siendo desplazada.

Pero cuando el corazón vuelve al temor de Dios, cuando la Palabra recupera su lugar, cuando el discipulado vuelve a ser un proceso y no un evento, entonces la fe deja de ser superficial y comienza a echar raíces profundas, capaces de sostenernos en medio de cualquier tiempo, cultura o circunstancia.

La verdad es que la respuesta al problema de esta generación no está en producir más contenido, sino en volvernos a la verdad. El Señor nos está llamando a volvernos hacia Él con verdadera pasión.

Tal vez, muchos hermanos no puedan percatarse de esto con toda claridad, no por mala intención, sino por los mismos afanes propuestos por este presente siglo malo. Sin embargo, quienes tenemos el oficio de comunicar lo estamos percibiendo claramente, y por tal motivo levanto mi clamor diciendo: ¡Cuidado Iglesia preciosa! ¡Es tiempo de volvernos a Dios con todo el corazón!



Capítulo dos

¿POR QUÉ CREEMOS EN LA BIBLIA?

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia...”

2 Timoteo 3:16

En medio de una generación que cuestiona todo, que relativiza la verdad y que coloca cada fuente de información en un mismo nivel de validación, surge una pregunta que no puede ser evitada ni respondida superficialmente: ¿por qué creemos en la Biblia? No como una tradición heredada, no como una costumbre religiosa, no como un libro respetado entre muchos otros, sino como la autoridad suprema, infalible y suficiente para nuestra vida.

Esta pregunta no es secundaria; es absolutamente central. Porque la forma en que respondamos a ella determinará la manera en que vivimos, creemos, discernimos y enseñamos. Si la Biblia es simplemente un libro más, entonces su voz puede ser negociada. Pero si es la Palabra de

Dios, entonces no solo debe ser escuchada, sino obedecida, honrada y colocada por encima de toda otra voz.

La Escritura misma declara su origen al asegurar estar inspiradas por Dios (**2 Timoteo 3:16**). Esta afirmación no deja espacio para interpretaciones livianas. No dice que contiene ideas inspiradoras, ni que fue escrita por hombres con sensibilidad espiritual, sino que es inspirada por Dios.

Esto significa que su origen no es humano, aunque haya sido escrita por hombres; su fuente es divina, aunque haya sido expresada en lenguaje humano. Es el resultado de hombres que, como afirma **2 Pedro 1:21**, “*siendo inspirados por el Espíritu Santo, hablaron de parte de Dios*”.

Aquí encontramos uno de los primeros fundamentos: la autoridad de la Biblia no proviene de la aprobación humana, sino de su origen divino. No creemos en la Escritura porque la Iglesia la validó; la Iglesia la reconoció porque ya era Palabra de Dios. Esta distinción es crucial, porque establece que la Biblia no está sujeta al juicio humano, sino que es ella la que juzga todas las cosas.

El escritor de Hebreos declara que “*la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos*” (**Hebreos 4:12**). No estamos frente a un texto estático, limitado a su contexto histórico, sino ante una Palabra viva, activa, capaz de penetrar el corazón humano, discernir las intenciones más profundas y revelar la verdad con una precisión que ninguna otra fuente puede alcanzar.

Sin embargo, en una generación que constantemente busca lo nuevo, lo oculto y lo aparentemente profundo, la Biblia muchas veces es percibida como insuficiente. No se lo dice abiertamente, pero se evidencia en la práctica. Se la consulta, pero no se la habita. Se la cita, pero no se la estudia con profundidad. Se la escucha, pero no se la escudriña. Y en ese vacío, otras voces comienzan a ocupar su lugar.

Aquí es donde debemos afirmar con claridad: la Biblia no solo es verdadera, es suficiente. Como declara **2 Pedro 1:3**, *“todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder”*. No algunas, no muchas, sino todas. Esto significa que no necesitamos recurrir a fuentes externas para encontrar lo que Dios ya ha revelado. No necesitamos añadirle misterio a la verdad, ni buscar en lo oculto lo que ya ha sido manifestado.

El problema no es que la Biblia carezca de profundidad; el problema es que muchos no están dispuestos a sumergirse en ella. La Escritura es como el mar: desde la superficie puede parecer simple, accesible, incluso familiar. Pero aquel que decide adentrarse en sus aguas descubre una riqueza inagotable, una profundidad que no se agota con el tiempo, una revelación que trasciende generaciones.

El salmista lo expresa con asombro: *“Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley”* (Salmos 119:18). Esto nos enseña que la profundidad de la Palabra no depende solo del texto, sino de la disposición del corazón. No es la Biblia la

que es superficial; es la mirada la que muchas veces es limitada.

Y aquí radica uno de los mayores peligros de esta generación: los superficiales están escuchando a quienes prometen profundidad sin haber pasado por el proceso de formación en la verdad. Se dejan impresionar por discursos elaborados, por interpretaciones novedosas, por revelaciones que parecen sofisticadas, pero que carecen de fundamento bíblico sólido. Y en ese proceso, terminan despreciando la sencillez poderosa de la Escritura.

Pablo advierte en **1 Corintios 2:1 y 2** que él no vino con excelencia de palabras ni sabiduría humana, sino con la determinación de no saber nada *“sino a Jesucristo, y a éste crucificado”*. Esto no es una negación de la profundidad, sino una afirmación de la centralidad. Porque toda verdadera profundidad espiritual siempre nos lleva más profundamente a Cristo, nunca nos aleja de Él.

La Biblia no puede ser leída como cualquier otro libro. No es un texto que se analiza únicamente desde la razón, sino que se discierne también desde el espíritu. Requiere dependencia del Espíritu Santo, humildad de corazón y disposición a ser transformados por lo que en ella encontramos. Porque no fue dada solo para informar, sino para formar; no solo para enseñar, sino para transformar.

Por eso, cuando la Escritura pierde su lugar central, todo comienza a desordenarse. Las doctrinas se vuelven

confusas, las interpretaciones se fragmentan, las convicciones se debilitan y la fe se vuelve vulnerable. Pero cuando la Palabra ocupa el lugar que le corresponde, se convierte en plomada, en fundamento, en luz que alumbra el camino, como declara el salmista: ***“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”*** (Salmos 119:105).

La pregunta entonces no es solo por qué creemos en la Biblia, sino cómo la estamos creyendo. Si la creemos como un libro importante, pero no esencial, entonces la consultaremos ocasionalmente. Pero si la creemos como la voz misma de Dios, entonces viviremos sometidos a ella, guiados por ella y sostenidos por su verdad.

Porque en un mundo lleno de voces, la única manera de no perdernos es aferrarnos a la voz que no cambia. En medio de tantas corrientes de pensamiento, la única forma de permanecer firmes es estar arraigados en lo eterno. Y en una generación con comezón de oír, la única cura verdadera sigue siendo la misma de siempre: volver a la Palabra, crearla, vivirla y permitir que ella vuelva a ocupar el trono que nunca debió haber perdido.



Capítulo tres

LA FORMACIÓN DEL CANON

*“Hazme entender el camino de tus mandamientos,
Para que medite en tus maravillas.”*

Salmo 119:27

Una de las estrategias más efectivas del error no es necesariamente negar la verdad de manera frontal, sino sembrar dudas sobre sus fundamentos. Cuando la base es cuestionada, todo lo que se construye sobre ella comienza a tambalear. Y en el caso de la fe cristiana, uno de los blancos más frecuentes de ataque ha sido precisamente la formación del canon bíblico.

Muchos creyentes, al no tener claridad sobre este proceso, quedan expuestos a teorías, afirmaciones y narrativas que presentan la Biblia como el resultado de decisiones arbitrarias, intereses humanos o manipulaciones históricas. Se habla de libros ocultos, de textos eliminados, de conspiraciones eclesióásticas, de verdades suprimidas. Y en medio de ese ruido, aquellos que no están afirmados en el conocimiento son fácilmente arrastrados por la duda.

Sin embargo, cuando nos acercamos con seriedad y reverencia a la historia, descubrimos que el proceso de formación del canon no fue un acto improvisado, ni una imposición caprichosa, sino un reconocimiento progresivo de aquello que ya poseía autoridad divina.

La palabra “canon” proviene de un término que significa “regla” o “medida”. No se refiere a una lista arbitraria de libros aceptados, sino al conjunto de escritos que fueron reconocidos como la norma de fe y conducta para el pueblo de Dios. Es fundamental entender que la Iglesia no creó el canon; lo discernió. No le otorgó autoridad a los textos; reconoció la autoridad que ya tenían por haber sido inspirados por Dios.

En el caso del Antiguo Testamento, el pueblo de Israel ya reconocía como Escritura los libros que hoy forman parte de nuestra Biblia. Jesús mismo, durante su ministerio, validó esas Escrituras sin cuestionar su autoridad. En **Lucas 24:44**, Él hace referencia a *“la ley de Moisés, los profetas y los salmos”*, una forma tradicional de referirse al conjunto de escritos reconocidos por el pueblo judío. Nunca vemos a Jesús ni a los apóstoles cuestionando ese canon; por el contrario, lo citan constantemente como autoridad final.

Esto es profundamente significativo, porque nos muestra que el mismo Cristo respaldó el cuerpo de Escrituras que hoy conocemos como Antiguo Testamento. No estamos hablando de una colección tardía o dudosa, sino de textos que

ya eran reconocidos, utilizados y honrados como Palabra de Dios en tiempos bíblicos.

En cuanto al Nuevo Testamento, el proceso fue igualmente cuidadoso, aunque se desarrolló en un contexto distinto. A medida que los apóstoles escribían cartas y relatos inspirados por el Espíritu Santo, estos textos comenzaban a circular entre las iglesias, siendo leídos, copiados y compartidos. Pero no todo escrito era automáticamente reconocido como Escritura. Existían criterios claros que guiaban este discernimiento.

Uno de los principales era la apostolicidad: el texto debía haber sido escrito por un apóstol o por alguien directamente relacionado con el testimonio apostólico. Esto garantizaba que el contenido estuviera alineado con la enseñanza de quienes habían sido testigos directos de Cristo.

Otro criterio era la coherencia doctrinal: el contenido debía estar en armonía con el conjunto de la revelación ya reconocida. Dios no se contradice, por lo tanto, ningún escrito que presentara una enseñanza incompatible con el mensaje del Evangelio podía ser considerado inspirado.

También se consideraba el uso extendido en las iglesias: los textos que eran leídos, aceptados y reconocidos de manera amplia por las comunidades cristianas tenían un peso significativo en este proceso. No se trataba de una decisión aislada, sino de un reconocimiento colectivo guiado por el Espíritu Santo.

Con el paso del tiempo, estos escritos fueron siendo claramente identificados, distinguidos y finalmente reconocidos como el Nuevo Testamento. Este proceso no fue el resultado de un concilio que decidió arbitrariamente qué incluir y qué excluir, sino la culminación de un reconocimiento que ya venía desarrollándose desde el primer siglo.

Es importante destacar que los concilios posteriores no definieron el canon, sino que confirmaron lo que ya era ampliamente aceptado por la Iglesia. No crearon la autoridad de los textos, sino que dieron testimonio de ella.

Entonces, ¿qué sucede con los libros que quedaron fuera? Aquí es donde muchas de las confusiones modernas encuentran su origen. Existen numerosos escritos antiguos, algunos de carácter histórico, otros de tipo devocional y otros claramente heréticos, que no fueron incluidos en el canon. No porque se quisiera ocultar información, sino porque no cumplían con los criterios necesarios para ser reconocidos como inspirados.

Muchos de estos textos, especialmente los llamados evangelios apócrifos, fueron escritos mucho tiempo después de los apóstoles, carecen de respaldo histórico confiable y presentan enseñanzas que contradicen abiertamente el mensaje del Evangelio. Sin embargo, en la actualidad son presentados como si contuvieran “verdades ocultas” que fueron deliberadamente excluidas, alimentando así la narrativa del misterio y la conspiración.

Pero la realidad es mucho más sencilla y, al mismo tiempo, mucho más sólida: no fueron excluidos por ser demasiado verdaderos, sino por no serlo. Cuando algunos hermanos, llevados por la curiosidad, se creen astutos por encontrar ciertos tesoros del conocimiento que los demás ignoran, y escudriñan estos textos como si fueran sagrados, créanme que se meten en un gran riesgo.

El problema no es la existencia de estos textos, sino la ignorancia respecto a su origen y contenido. Y esa ignorancia se convierte en terreno fértil para el engaño, especialmente en una generación que busca lo oculto sin haber afirmado lo esencial.

Porque cuando alguien no conoce cómo se formó la Biblia, puede fácilmente creer que todo es relativo. Pero cuando entiende el proceso, los criterios y la fidelidad con la que fue preservada, la confianza se fortalece y la fe se afirma.

La Escritura no es el resultado de una casualidad histórica, sino de la providencia de Dios. Él no solo inspiró Su Palabra, sino que también la preservó a lo largo del tiempo, asegurando que llegara a nosotros con fidelidad. Como declara **Isaías 40:8**: *“Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”*.

En una generación que duda de todo, conocer estos fundamentos no es opcional; es indispensable. Porque la fe no se sostiene sobre suposiciones, sino sobre convicciones

firmes. Y cuando entendemos que la Biblia no es una colección humana, sino una revelación divina reconocida a lo largo de la historia, entonces dejamos de verla como un libro más... y comenzamos a honrarla como lo que realmente es: la voz eterna de Dios para Su pueblo.

Permítanme ser bien claro, no descalifico la autenticidad de todos los textos antiguos que no fueron incluidos en el canon. Lo que digo es que, para comprender la voluntad de Dios y sus diseños espirituales, tenemos suficiente con la Biblia. ¿Por qué razón pondríamos en riesgo la verdad que conocemos, agregando algo que no sabemos con certeza sobre su procedencia?

Tampoco digo que habría que prohibir su lectura, nunca son sabias las sugerencias de ese tipo. Lo que digo es que muchos hermanos que ni siquiera han leído la Biblia, o que no la conocen muy bien, no tienen necesidad de andar buscando en dudosos escritos, algunos códigos misteriosos capaces de esconder respuestas para la humanidad.



Capítulo cuatro

LOS LIBROS APÓCRIFOS

“Esto hace más seguro el mensaje de los profetas, el cual con toda razón toman ustedes en cuenta. Pues ese mensaje es como una lámpara que brilla en un lugar oscuro, hasta que el día amanezca y la estrella de la mañana salga para alumbrarles el corazón.

Pero ante todo tengan esto presente: que ninguna profecía de la Escritura es algo que uno pueda interpretar según el propio parecer.”

2 Pedro 1:19 y 20 DHH

En el contexto de una generación atraída por lo oculto, lo misterioso y lo alternativo, pocos temas resultan tan seductores como el de los llamados libros apócrifos. Su sola mención despierta curiosidad, genera preguntas y, en muchos casos, activa la imaginación espiritual de aquellos que sienten que tal vez allí se encuentran verdades más profundas, conocimientos reservados o revelaciones que, por alguna razón, no fueron incluidas en la Biblia.

Pero es precisamente en ese terreno donde la falta de conocimiento se convierte en una puerta abierta al engaño. Porque cuando algo se presenta como oculto, prohibido o excluido, automáticamente adquiere un atractivo especial para una mente que no ha sido afirmada en la verdad. Y así, lo que debería ser abordado con discernimiento y sobriedad, termina siendo consumido con fascinación y ligereza.

El término “apócrifo” proviene de una palabra que significa “oculto” o “escondido”. A lo largo de la historia, se ha utilizado para referirse a distintos tipos de escritos que no forman parte del canon bíblico. Sin embargo, no todos los textos apócrifos son iguales, y es importante hacer una distinción clara para no caer en generalizaciones simplistas.

Existen, por un lado, escritos antiguos que contienen elementos históricos o devocionales, algunos de los cuales pueden aportar contexto cultural o información interesante sobre el período intertestamentario. Pero también existen otros textos, particularmente los llamados evangelios apócrifos, que presentan relatos tardíos, con una fuerte carga especulativa, que distorsionan la persona y la obra de Cristo.

El problema no radica simplemente en su existencia, sino en el uso que se les da. Porque cuando estos escritos comienzan a ser leídos como si tuvieran el mismo peso que la Escritura, o peor aún, cuando son utilizados para construir doctrina, el desvío se vuelve inevitable.

La Biblia es clara al establecer que la revelación de Dios no es caótica ni contradictoria. Como declara **Gálatas 1:8**, *“si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”*. Esta afirmación establece un límite inquebrantable: no hay otro evangelio válido fuera del que ya ha sido revelado.

Muchos de los textos apócrifos presentan precisamente eso: versiones alternativas, relatos ampliados, interpretaciones místicas o enseñanzas que no solo no están respaldadas por la Escritura, sino que en muchos casos la contradicen abiertamente. Introducen ideas ajenas al carácter de Dios, alteran la naturaleza de Cristo y promueven una espiritualidad basada más en el conocimiento secreto que en la verdad revelada.

Aquí es donde el discernimiento se vuelve indispensable. Porque no todo lo antiguo es verdadero, ni todo lo desconocido es profundo. La antigüedad de un texto no le otorga autoridad, y su exclusión del canon no es evidencia de conspiración, sino de falta de inspiración divina.

El creyente maduro no se deja impresionar por lo oculto, sino que permanece afirmado en lo revelado. Porque Dios no ha escondido la verdad en rincones inaccesibles ni la ha reservado para unos pocos iniciados. Como declara **Deuteronomio 29:29**: *“Las cosas secretas pertenecen a Jehová nuestro Dios; más las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre”*. La voluntad de Dios no

es confundir, sino revelar; no ocultar el camino, sino iluminarlo.

Sin embargo, en una generación con comezón de oír, lo revelado muchas veces parece insuficiente. Se busca algo más, algo distinto, algo que rompa con lo conocido. Y es en esa búsqueda donde los libros apócrifos encuentran su espacio, no como herramientas de estudio histórico, sino como fuentes de supuesta revelación espiritual.

Esto es profundamente peligroso, porque desplaza la autoridad de la Escritura y abre la puerta a una fe basada en interpretaciones humanas, en lugar de en la verdad divina. Cuando la Biblia deja de ser el fundamento y pasa a ser una referencia más, el terreno queda preparado para cualquier tipo de doctrina.

Es importante aclarar que el acceso a estos textos no es en sí mismo el problema. El problema es la falta de preparación con la que muchos se acercan a ellos. Sin una base sólida en la Palabra, sin criterios claros de discernimiento y sin una comprensión adecuada de su contexto, el riesgo de confusión es alto.

Pablo advierte en **Colosenses 2:8**: ***“Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres... y no según Cristo”***. Esta advertencia no es contra el conocimiento en sí, sino contra aquel conocimiento que se presenta como profundo, pero que en realidad está vacío de verdad.

La fe cristiana no está basada en secretos ocultos, sino en una revelación abierta, accesible y suficiente. No depende de descubrir textos escondidos, sino de comprender y vivir lo que ya ha sido revelado. No se fortalece acumulando información alternativa, sino profundizando en la verdad eterna.

Por eso, los hijos de Dios debemos tener una postura clara: podemos conocer la existencia de estos textos, podemos incluso estudiarlos con fines históricos o académicos, pero nunca debemos otorgarles autoridad doctrinal ni permitir que influyan en nuestra comprensión de la verdad. Porque la doctrina no se construye con curiosidad, sino con revelación. Y el canal suficiente para la revelación es la Biblia.

En un tiempo donde lo oculto se presenta como atractivo y lo misterioso como superior, la Iglesia está llamada a reafirmar con convicción que no necesitamos más revelación, sino mayor profundidad en la que ya tenemos. Que no necesitamos nuevas voces, sino escuchar con mayor claridad la voz que ya ha hablado.

Porque el problema nunca fue la falta de información, sino la falta de fundamento. Y mientras la curiosidad siga guiando la búsqueda, la verdad seguirá siendo reemplazada por lo llamativo.

Pero cuando el corazón se afirma en la Palabra de Verdad, lo oculto pierde su atractivo, lo extraño deja de

seducir y la verdad vuelve a ocupar el lugar que le corresponde: el centro absoluto de nuestra fe.



Capítulo cinco

CONFUNDIDOS CON LA MISMA BIBLIA

En este tiempo encontramos muchas adversidades, pero también debo decir que encontramos un gran acceso a la Biblia, tal vez de manera más libre y amplia que nunca, y sin embargo, también es un tiempo donde muchos creyentes están más confundidos que nunca respecto a ella.

Al encontrarse con una gran cantidad de versiones diferentes comienzan a surgir preguntas que inquietan el corazón, preguntas como por qué dicen las mismas cosas de manera diferente, o por qué algunos pasajes, no solo se dicen diferente, sino que lo escrito parece algo totalmente incomparable.

Los hermanos se preguntan ¿Cuál es la correcta o acaso la Palabra de Dios ha sido cambiada? y aunque estas inquietudes parecen técnicas, en realidad tocan una fibra espiritual profunda, porque cuando la confianza en la Palabra se debilita, la fe comienza a tambalear.

Ante esto, es necesario afirmar con claridad que la existencia de múltiples versiones no es evidencia de

corrupción sino de preservación y de acceso, no es una señal de pérdida sino una manifestación de alcance, porque la Biblia no fue escrita originalmente en español, sino que el Antiguo Testamento fue dado en hebreo con algunas partes en arameo y el Nuevo Testamento en griego koiné, lo que implica que toda versión que hoy tenemos es el resultado de un proceso de traducción, y traducir no significa alterar el mensaje sino trasladarlo fielmente de un idioma a otro, buscando conservar su esencia, su intención y su peso espiritual.

Sin embargo, en ese proceso aparecen distintos enfoques, porque no todos traducen de la misma manera, algunos buscan una fidelidad palabra por palabra intentando mantenerse lo más literal posible, otros trabajan transmitiendo la idea del texto para hacerlo más comprensible, y otros desarrollan paráfrasis que amplían el contenido para facilitar su entendimiento, y aquí es donde muchos tropiezan, porque no comprenden que no todas las versiones tienen el mismo propósito.

Algunas son más adecuadas para el estudio profundo y otras para una lectura inicial, pero todas, cuando han sido hechas con seriedad y respeto al texto, apuntan a la misma verdad, a esto se suma el hecho de que a lo largo de la historia se han descubierto miles de manuscritos antiguos que permiten comparar y confirmar el contenido bíblico, y lejos de debilitar la Escritura, estos hallazgos la fortalecen, porque evidencian la fidelidad con la que ha sido transmitida.

Es verdad que en ese proceso comparativo pueden aparecer pequeñas variaciones, como palabras que en algunos manuscritos están y en otros no, o diferencias mínimas en la redacción, pero estas variantes no afectan ninguna doctrina fundamental de la fe, no cambian el mensaje central del Evangelio, no alteran la revelación de Cristo ni el camino de salvación, sino que simplemente reflejan el proceso humano de transmisión bajo la soberanía divina.

También debemos entender que el lenguaje cambia con el tiempo, palabras que antes eran claras hoy pueden resultar confusas o incluso tener otro significado, por lo que han surgido versiones que buscan expresar la misma verdad con un lenguaje más accesible para las nuevas generaciones, y aquí es donde algunos perciben diferencias que los alarman.

En realidad, muchas de esas diferencias no son doctrinales sino expresivas, una misma verdad dicha con palabras distintas, o una misma luz reflejada en distintos ángulos, porque el problema no está en cómo suena la frase sino en lo que comunica, y si el mensaje se mantiene fiel al original, entonces la verdad permanece intacta.

Ante esto, es necesario afirmar sin temor que la Palabra de Dios no ha sido alterada, porque su preservación no depende del hombre sino de Dios mismo, y Él ha cuidado su revelación a través del tiempo de manera que hoy podamos acceder a ella con confianza, de hecho la gran cantidad de

manuscritos disponibles hace prácticamente imposible que alguien haya podido modificarla sin que eso sea detectado.

Aquí es donde debemos ser profundamente honestos, porque muchas veces el problema no es la existencia de distintas versiones sino el corazón del lector, porque la comezón de oír no busca versiones más fieles sino mensajes más cómodos, no busca claridad sino aprobación, no busca verdad sino alivio, y entonces algunos cambian de versión no por una necesidad legítima de comprensión.

Es decir, algunos hermanos encuentran en otra redacción una forma de suavizar lo que Dios confronta, una manera de evitar aquello que incomoda su estilo de vida, y eso es peligroso, porque no es la versión la que define la fidelidad del creyente, sino su disposición a rendirse a la verdad que lee.

Un corazón maduro no se confunde por la diversidad ni entra en discusiones estériles por preferencias, tampoco idolatra una versión como si fuera la única válida ni trivializa la Escritura como si todas dieran lo mismo, sino que aprende a discernir, a comparar cuando es necesario y sobre todo a vivir lo que recibe.

En realidad, el problema nunca es la falta de claridad sino la falta de obediencia, y en medio de todo esto es necesario volver al centro, porque la existencia de múltiples versiones no es una debilidad del cristianismo sino una evidencia de su expansión, Dios no dejó su Palabra encerrada

en un idioma ni limitada a una cultura, sino que permitió que llegue a todas las naciones, a todos los pueblos y a todas las generaciones.

El verdadero peligro entonces no está en tener muchas versiones, sino en tener muchas Biblias abiertas y corazones cerrados, porque la Palabra siempre ha sido clara para el que quiere obedecerla, y siempre será incómoda para el que quiere adaptarla a sí mismo.



Capítulo seis

PERDIDOS EN LOS IDIOMAS Y TRADICIONES

Podemos decir que otro de los males de este tiempo, es que se ha levantado una tendencia que a primera vista parece hambre de profundidad, pero que en muchos casos esconde otra motivación más sutil y peligrosa, porque muchos ministros, en su deseo de enseñar algo nuevo, algo que sorprenda, algo que nadie haya dicho antes, han comenzado a apoyarse excesivamente en el hebreo, en el griego, en el arameo e incluso en tradiciones judías.

Esto lo hacen como si el valor de la enseñanza estuviera en su complejidad o en su rareza, y no en su fidelidad, y así el púlpito, que debería ser un lugar de claridad, se transforma en un espacio donde lo simple se vuelve confuso y lo claro se vuelve inaccesible, porque se comienza a dar más peso a la etimología que al contexto, más importancia a una raíz lingüística que al mensaje completo del Espíritu.

Estos mensajes otorgan más autoridad a una tradición que a la revelación escrita, y en ese camino, sin darse cuenta,

muchos terminan alejándose de la intención original del texto, porque la Escritura no fue dada para ser descifrada como un código oculto reservado para expertos, sino para ser entendida, vivida y obedecida por todo aquel que cree.

Cuando el conocimiento se vuelve un fin en sí mismo, deja de edificar y comienza a inflar, tal como advierte la misma Palabra, porque hay una diferencia profunda entre profundizar en la verdad y complicarla innecesariamente, entre estudiar con reverencia y especular con curiosidad, entre exponer con fidelidad y querer impresionar con información, y es ahí donde se revela el verdadero problema.

Detrás de muchas de estas enseñanzas no hay un deseo genuino de iluminar el texto, sino de destacarse a uno mismo, de decir algo que suene superior, de presentar una “revelación” que otros no tienen, y eso conecta directamente con el espíritu de esta generación, que no se conforma con la verdad sencilla del Evangelio, sino que busca constantemente algo novedoso que estimule o calme la comezón de oído.

Las personas buscan conceptos capaces de despertar el interés intelectual, algo que los haga sentir que están accediendo a un nivel más alto, cuando en realidad muchas veces lo único que está haciendo es alejarse de la pureza del mensaje.

El Evangelio nunca necesitó adornos para ser poderoso, nunca dependió de complejidades lingüísticas para transformar vidas, nunca requirió de tradiciones externas

para revelar a Cristo, y sin embargo hoy vemos cómo se toman palabras aisladas en hebreo o en griego y se construyen doctrinas enteras a partir de ellas, ignorando el contexto, ignorando la intención del autor, ignorando la armonía del resto de la Escritura.

Así se generan interpretaciones forzadas, aplicaciones fuera de lugar y enseñanzas que confunden más de lo que edifican, y el problema no es el uso de los idiomas originales en sí, porque bien utilizados pueden aportar riqueza y precisión, sino el abuso de estos como herramienta para legitimar ideas que el texto nunca quiso transmitir.

Una palabra no debe definir una doctrina, una raíz no reemplaza el contexto, y una tradición no tiene autoridad por encima de la Palabra, pero en medio de esta práctica muchos creyentes, que no tienen acceso a ese conocimiento técnico, quedan en una posición vulnerable, porque escuchan algo que suena profundo, que parece erudito, que aparenta ser más “espiritual”, y lo reciben sin cuestionar.

Estos hermanos no filtran, no procuran discernir, simplemente lo reciben porque viene revestido de un lenguaje que no comprenden, y ciertamente parece espiritual. Así la fe se construye sobre interpretaciones inestables en lugar de sobre la verdad sólida, y eso es sumamente peligroso, porque cuando la enseñanza pierde claridad, el pueblo pierde dirección, y cuando el mensaje se vuelve confuso, la obediencia se debilita.

Dios no es un Dios de confusión, ni diseñó Su Palabra para que solo unos pocos puedan entenderla, sino que la dio de manera que el sencillo pueda ser sabio, que el humilde pueda comprender, que el que busca con sinceridad pueda encontrar, y por eso es necesario volver a un principio fundamental, que la profundidad no está en decir cosas difíciles, sino en revelar con claridad lo que Dios ya ha dicho.

La autoridad espiritual, no está en manejar términos originales, sino en ser fieles al mensaje inspirado, y que el verdadero peso de una enseñanza no se mide por cuán novedosa suena, sino por cuán alineada está con la Escritura, porque, en definitiva, el problema de fondo no es lingüístico sino espiritual.

Cuando pasan estas cosas, aunque se utilice la Biblia, es la misma comezón de oír manifestándose en otro nivel, ya no buscando mensajes livianos, sino mensajes sofisticados, ya no evitando la confrontación, sino disfrazándola de profundidad, ya no rechazando la verdad, sino reemplazándola por interpretaciones que parecen más elevadas pero que carecen de fundamento y por tal motivo, se vuelven igualmente dañinas.

Así como hay quienes buscan suavizar el mensaje, también hay quienes buscan complicarlo, pero ambos extremos terminan produciendo el mismo resultado, una iglesia desorientada, un creyente confundido y una verdad diluida.

Por eso es urgente que los ministros vuelvan a la sencillez y a la fidelidad, que enseñen con claridad, que respeten el contexto, que usen las herramientas de estudio con responsabilidad y no como un medio para impresionar, y que recuerden que han sido llamados no a decir algo nuevo, sino a proclamar con poder lo eterno.

El Evangelio no necesita ser reinventado, necesita ser anunciado, y el mayor peligro de esta generación no es la falta de información, sino la falta de verdad bien enseñada, porque cuando la verdad es presentada con pureza, el Espíritu Santo se encarga de revelarla, de confirmarla y de aplicarla al corazón.

En tal caso, no hay palabra en hebreo, ni raíz en griego, ni tradición antigua que pueda sustituir la obra viva del Espíritu sobre una Palabra fielmente expuesta, de modo que el desafío no es aprender más para decir más, sino conocer a Dios para decir lo correcto, porque al final, no será la originalidad lo que transforme vidas, sino la verdad eterna dicha de manera sencilla pero ungida.



Capítulo siete

EL ENGAÑO DE LO OCULTO

“Esos maestros son como pozos sin agua, como nubes llevadas por el viento; están condenados a pasar la eternidad en la más negra oscuridad.”

2 Pedro 2:17

El engaño rara vez se presenta como engaño. No llega con apariencia de error evidente ni con señales claras de falsedad, sino envuelto en formas atractivas, en discursos elaborados, en propuestas que parecen profundas, espirituales y, en muchos casos, incluso bíblicas. Esta es una de las características más peligrosas del error: su capacidad de parecer verdad.

Desde el principio, la estrategia ha sido la misma. En el huerto, la serpiente no negó abiertamente la palabra de Dios; la distorsionó. Introdujo una duda sutil, una variación casi imperceptible, una insinuación que apelaba a algo más profundo que la simple desobediencia: el deseo de acceder a un conocimiento superior. *“Seréis como Dios”* (Génesis 3:5) no era solo una tentación moral, era una seducción intelectual

y espiritual. No ofrecía simplemente placer, ofrecía elevación.

Ese mismo patrón sigue vigente. El engaño moderno no se presenta como oposición directa a la verdad, sino como una versión ampliada, mejorada o más profunda de ella. No busca necesariamente que el creyente abandone su fe, sino que la complemente con elementos que la desvían. No dice “deja la Biblia”, sino “hay algo más que la Biblia no te muestra”. Y en esa insinuación se esconde una de las trampas más sutiles de este tiempo.

El apóstol Pablo expresa su preocupación con una claridad que atraviesa los siglos: ***“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3)***. La palabra clave aquí es “extraviados”. No se trata de un abandono abrupto, sino de un desvío progresivo. Un pequeño giro que, con el tiempo, produce una gran distancia.

El problema de lo “oculto” no es solo su contenido, sino lo que despierta en el corazón humano. Existe una inclinación natural hacia lo misterioso, hacia lo que pocos conocen, hacia aquello que parece reservado para unos pocos. Esta inclinación, cuando no está sometida a la verdad, se convierte en terreno fértil para el engaño.

Aquí entra en juego un elemento clave: el orgullo intelectual espiritual. Es la idea de que uno puede acceder a

niveles superiores de entendimiento, de que puede ver lo que otros no ven, de que posee una percepción más aguda, más profunda, más revelada. Este tipo de orgullo no siempre es evidente, pero se manifiesta en la forma en que se busca, en lo que se valora y en cómo se interpreta la verdad.

Pablo advierte en **1 Corintios 8:1** que *“el conocimiento envanece, pero el amor edifica”*. Con esto, no estaba rechazando el conocimiento, sino señalando el peligro de un conocimiento que no está sometido a Dios. Porque cuando el conocimiento se desconecta de la verdad y de la humildad, deja de edificar y comienza a deformar.

En este contexto, el mundo digital se ha convertido en un escenario ideal para la propagación de este tipo de engaño. Nunca fue tan fácil acceder a contenidos, nunca fue tan sencillo producirlos y nunca hubo tan poca regulación en cuanto a su veracidad. Cualquiera puede hablar, cualquiera puede enseñar, cualquiera puede presentar una idea como revelación, y todo esto con una calidad visual, narrativa y emocional que genera confianza.

Las formas han mejorado, pero el contenido no siempre. Y aquí radica uno de los mayores peligros: la confianza que inspiran las formas. Un video bien editado, una voz convincente, una música envolvente, una narrativa impactante... todo esto puede generar una sensación de credibilidad que no necesariamente está respaldada por la verdad.

El creyente que no ha desarrollado discernimiento espiritual fácilmente confunde impacto con unción, profundidad aparente con revelación genuina, intensidad emocional con verdad. Y así, comienza a consumir contenidos que, aunque parecen edificantes, van introduciendo lentamente ideas que desvían el enfoque.

A esto se suma la falta de verificación. En una cultura de consumo rápido, pocos se detienen a examinar, a contrastar, a evaluar a la luz de la Escritura. Se escucha, se acepta, se comparte. Y en ese proceso, el error se multiplica, no solo por quien lo produce, sino por quienes lo difunden sin discernimiento.

Las tinieblas no siempre operan desde la oscuridad evidente; muchas veces lo hacen desde la mezcla. Una verdad parcial, combinada con una mentira sutil, es mucho más efectiva que una falsedad evidente. Porque desarma las defensas, genera confianza y abre la puerta a la aceptación.

Por eso, el problema no es solo lo que se dice, sino lo que se omite, lo que se distorsiona, lo que se presenta fuera de contexto. Una enseñanza puede parecer correcta en la superficie, pero estar profundamente desviada en su esencia.

Frente a este escenario, el llamado de la Escritura no es al temor, sino al discernimiento. **1 Tesalonicenses 5:21** nos exhorta: *“Examinadlo todo; retened lo bueno”*. Esto implica una actitud activa, consciente, responsable. No se trata de rechazar todo, pero tampoco de aceptar todo. Se trata

de evaluar, de contrastar, de someter cada enseñanza al filtro inalterable de la Palabra de Dios.

El creyente maduro no es aquel que consume más contenido, sino aquel que discierne mejor. No es el que escucha más voces, sino el que reconoce con claridad la voz del Señor. Como dijo Jesús en **Juan 10:27**: **“Mis ovejas oyen mi voz... y me siguen”**. Esta capacidad de reconocer la voz de Cristo no se desarrolla en la curiosidad, sino en la intimidad; no en la dispersión, sino en la permanencia.

El engaño de lo oculto pierde poder cuando el corazón está satisfecho en la verdad. Cuando la Palabra es suficiente, lo extraño deja de ser atractivo. Cuando Cristo es el centro, lo secundario pierde relevancia. Cuando hay profundidad en la Escritura, la superficialidad disfrazada de misterio ya no seduce.

Porque la verdadera revelación no nos aleja de la verdad conocida, sino que nos introduce más profundamente en ella. No nos hace sentir superiores, sino más dependientes. No nos llena de orgullo, sino de reverencia.

El problema no es que exista lo oculto, el problema es cuando lo oculto comienza a reemplazar lo revelado. Y en ese momento, el engaño ya ha comenzado a hacer su obra.



Capítulo ocho

REDES SOCIALES Y FALSA ENSEÑANZA

“Porque va a llegar el tiempo en que la gente no soportará la sana enseñanza; más bien, seguirán sus propios caprichos, se buscarán un montón de maestros que solo les enseñen lo que ellos quieran oír. Darán la espalda a la verdad y harán caso a toda clase de cuentos.”

2 Timoteo 4:3 y 4

Si en otros tiempos el acceso a la enseñanza estaba limitado por la geografía, por la disponibilidad de recursos o por la cercanía a ciertos ministerios, hoy esa realidad ha cambiado radicalmente. Las redes sociales han democratizado el acceso al contenido espiritual, permitiendo que cualquier persona, desde cualquier lugar, pueda enseñar, opinar, interpretar y difundir ideas con un alcance que antes era impensado.

Esto, en sí mismo, no es negativo. Puede ser una herramienta poderosa para la expansión del Evangelio, para la edificación del cuerpo de Cristo y para el acceso a enseñanzas que bendicen, corrigen y fortalecen la fe. Pero

como toda herramienta, su valor no está solo en su potencial, sino en el uso que se le da. Y es precisamente allí donde emerge uno de los mayores desafíos de esta generación.

Porque junto con la verdad, también circula el error. Y muchas veces, el error lo hace con mayor velocidad, con mejor presentación y con un atractivo que supera ampliamente al contenido sólido. No porque sea más verdadero, sino porque está diseñado para captar la atención, para generar impacto inmediato y para producir una respuesta emocional rápida.

Detrás de mucho del contenido que circula hoy no hay una carga pastoral, ni un compromiso con la verdad, ni un llamado genuino a la edificación de la Iglesia, sino intereses que van desde la búsqueda de reconocimiento hasta beneficios económicos. La enseñanza, en muchos casos, ha dejado de ser un servicio para convertirse en un producto. Y como todo producto, se adapta a la demanda.

Esto genera una dinámica peligrosa: en lugar de formar creyentes sólidos, se producen consumidores constantes de contenido. Personas que saltan de un video a otro, de una enseñanza a otra, de una voz a otra, sin un proceso, sin profundidad, sin raíces. Y en ese flujo continuo, la verdad se diluye entre opiniones, interpretaciones personales y mensajes diseñados más para agradar que para confrontar.

Pablo advierte a Timoteo que llegará un tiempo en que las personas no soportarán la sana doctrina, sino que buscarán

maestros conforme a sus propios deseos. Las redes sociales han facilitado este fenómeno de una manera sin precedentes. Hoy, cada persona puede construir su propio “ecosistema espiritual”, seleccionando únicamente aquellas voces que coinciden con lo que quiere oír, evitando cualquier enseñanza que confronte, que corrija o que exija transformación.

El problema no es solo lo que se escucha, sino lo que se evita. Porque la verdad no siempre es cómoda, no siempre es fácil de recibir, no siempre se adapta a nuestras preferencias. Pero es precisamente esa verdad la que transforma, la que corrige, la que edifica.

En este contexto, el discernimiento digital se vuelve una necesidad urgente. No se trata simplemente de saber usar una plataforma, sino de desarrollar la capacidad espiritual para evaluar el contenido que se consume. Porque no todo lo que parece espiritual lo es, y no todo lo que emociona edifica.

Jesús advierte en **Mateo 7:15**: ***“Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces”***. Esta advertencia cobra una dimensión aún más profunda en el mundo digital, donde las “vestiduras” pueden ser cuidadosamente construidas: buena imagen, discurso convincente, estética cuidada, lenguaje espiritual. Pero nada de eso garantiza la verdad.

El creyente debe aprender a filtrar. No desde la sospecha constante, sino desde el fundamento sólido. La pregunta no es solo quién lo dice, sino qué está diciendo, y

cómo eso se alinea con la Escritura. El estándar no es la popularidad, ni la cantidad de seguidores, ni el impacto visual, sino la fidelidad a la Palabra de Dios.

A esto se suma un aspecto que no puede ser ignorado: el tiempo. Muchos creyentes están invirtiendo más tiempo en consumir contenido en redes que en cultivar su relación con Dios. Se alimentan más de lo que otros dicen que de lo que Dios ya ha dicho. Y en ese desbalance, la vida espiritual comienza a debilitarse.

No se puede sustituir la intimidad con Dios por el consumo de contenido espiritual. Escuchar enseñanzas no reemplaza la oración. Ver videos no reemplaza el estudio de la Palabra. Compartir frases no reemplaza la transformación del corazón.

Jesús dijo en **Juan 15:7**: “*Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros...*”. La clave no es solo escuchar, sino permanecer. Y la permanencia no se logra en la dispersión constante, sino en la dedicación intencional.

El problema no es que las redes existan, sino que han comenzado a ocupar un lugar que no les corresponde. Han pasado de ser una herramienta a convertirse en una fuente principal de formación espiritual. Y cuando eso ocurre, el creyente queda expuesto a una mezcla constante de verdad y error, sin el tiempo ni la profundidad necesaria para discernir correctamente.

Por eso, es necesario establecer límites, desarrollar criterios y recuperar prioridades. No todo contenido merece ser consumido. No toda voz merece ser escuchada. No toda enseñanza merece ser compartida.

El creyente maduro no es el que más contenido consume, sino el que mejor selecciona. No es el que más sabe de todo, sino el que está más arraigado en la verdad. No es el que sigue más voces, sino el que sigue fielmente a Cristo.

En un mundo donde todos hablan, la clave no es escuchar más, sino escuchar mejor. Y eso solo es posible cuando la Palabra de Dios vuelve a ser el filtro, el fundamento y la autoridad final sobre toda otra voz.

Porque donde la verdad no gobierna, cualquier voz puede ocupar su lugar. Y en una generación con comezón de oír, aprender a filtrar no es una opción... es una necesidad espiritual urgente.



Capítulo nueve

LA SUFICIENCIA DE LAS ESCRITURAS

“Porque la palabra de Dios tiene vida y poder. Es más cortante que cualquier espada de dos filos, y penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta lo más íntimo de la persona; y somete a juicio los pensamientos y las intenciones del corazón”.

Hebreos 4:12 DHH

En un tiempo donde abundan las voces, las propuestas, las interpretaciones y las supuestas revelaciones, la Iglesia necesita volver a afirmar con claridad y sin ambigüedades una verdad fundamental: la Escritura es suficiente. No parcialmente suficiente, no complementariamente suficiente, sino plenamente suficiente para todo lo que concierne a la vida y a la piedad.

Esta afirmación no es una postura teológica secundaria, sino una convicción central que sostiene la estabilidad de la fe. Porque cuando la suficiencia de la Palabra es cuestionada, aunque sea de manera sutil, se abre

la puerta a una dependencia peligrosa de otras fuentes que comienzan a ocupar el lugar que solo le corresponde a Dios.

El apóstol Pedro declara con contundencia que *“todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder”* (2 Pedro 1:3). Esta declaración no deja espacio para la insuficiencia. No hay áreas de la vida espiritual que hayan quedado fuera de la provisión divina. No hay vacíos que necesiten ser llenados por revelaciones externas, ni aspectos esenciales que dependan de descubrimientos posteriores.

Sin embargo, en la práctica, muchos creyentes viven como si esto no fuera cierto. Buscan constantemente nuevas palabras, nuevas experiencias, nuevas enseñanzas que les den aquello que ya ha sido provisto en la Escritura. No porque la Biblia no lo contenga, sino porque no han aprendido a encontrarlo en ella.

Aquí es donde se genera una confusión peligrosa que necesita ser aclarada con precisión: Dios sigue hablando por Su Espíritu Santo, pero ninguna de esas manifestaciones tiene el mismo rango, la misma autoridad, ni la misma infalibilidad que las Escrituras. El Espíritu Santo no vino a reemplazar la Palabra, sino a iluminarla, a recordarla, a aplicarla al corazón del creyente. Como dijo Jesús en **Juan 14:26**, Él nos enseñará y nos recordará todo lo que Él ha dicho.

Esto significa que cualquier impresión, revelación o dirección que un creyente reciba debe ser necesariamente sometida al filtro de la Escritura. No puede contradecirla, no puede agregarle, no puede elevarse por encima de ella. Porque si lo hace, deja de ser una guía del Espíritu y se convierte en una fuente de error.

Pablo es categórico en **Gálatas 1:8**: *“Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema”*. Esta advertencia no es exagerada; es protectora. Establece un límite claro e inquebrantable: no hay autoridad, por elevada que parezca, que pueda modificar el contenido del Evangelio del Reino.

Sin embargo, en una generación fascinada por lo nuevo, lo diferente y lo aparentemente profundo, esta línea ha sido cruzada en múltiples ocasiones. Se presentan enseñanzas como revelaciones frescas, se introducen conceptos como si fueran ampliaciones necesarias, se construyen doctrinas sobre experiencias personales. Y todo esto, muchas veces, sin el debido examen a la luz de la Palabra.

Aquí es donde la suficiencia de la Escritura se convierte en una defensa espiritual. Porque cuando el creyente está convencido de que la Biblia contiene todo lo necesario, deja de buscar fuera lo que ya tiene dentro. Deja de depender de voces externas para validar su fe y comienza a afirmarse en la verdad revelada.

Esto no significa que no haya lugar para la enseñanza, la predicación o el ministerio de la Palabra. Todo lo contrario. Dios ha establecido dones en la Iglesia para edificación, para instrucción, para crecimiento. Pero ninguna enseñanza tiene autoridad en sí misma; su valor está en la medida en que es fiel a la Escritura.

La Iglesia puede reformar sus prácticas, ajustar sus enfoques, profundizar su comprensión, pero nunca puede alterar los fundamentos. No puede reinventar el Evangelio, no puede modificar la verdad, no puede agregar ni quitar a lo que Dios ha establecido. Como advierte **Apocalipsis 22:18 y 19**, cualquier intento de añadir o quitar a la revelación tiene consecuencias serias.

La Escritura es la plomada que mide todo. Es el estándar que define lo verdadero. Es la luz que expone el error. Sin ella, todo se vuelve relativo, interpretable, moldeable. Con ella, todo encuentra su lugar, su límite y su sentido.

En este punto, es importante entender que la suficiencia de la Biblia no elimina la necesidad de profundidad, sino que la exige. Porque si todo lo necesario está allí, entonces el desafío no es buscar más, sino profundizar mejor. No es añadir contenido, sino desarrollar comprensión. No es descubrir nuevas verdades, sino ser transformados por las eternas.

El salmista declara: ***“La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma”*** (Salmos 19:7). No dice que necesita ser complementada, ni que requiere ajustes, ni que depende de otras fuentes. Es perfecta. Y en esa perfección está su poder transformador.

Por eso, cuando la Iglesia se aleja de la Escritura, pierde su capacidad de transformar. Puede entretener, puede motivar, puede emocionar, pero no puede producir vida verdadera. Porque la vida no está en las ideas, sino en la Palabra.

Jesús mismo lo afirma en **Juan 6:63**: ***“Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida”***. No hay otra fuente que tenga esa capacidad. No hay otro mensaje que pueda producir ese efecto. No hay otra revelación que pueda reemplazar lo que ya ha sido dicho.

En una generación que busca constantemente algo nuevo, la verdadera madurez espiritual consiste en descubrir la profundidad de lo eterno. En dejar de correr detrás de lo que cambia, para afirmarse en lo que permanece. En abandonar la dependencia de lo externo, para arraigarse en lo que Dios ya ha establecido.

Porque la estabilidad de la fe no depende de cuánto escuchamos, sino de dónde estamos fundamentados. Y cuando la Escritura vuelve a ocupar su lugar como suficiente, como final y como suprema, entonces el alma deja de divagar, el corazón deja de buscar en direcciones

equivocadas y la fe comienza a afirmarse con una solidez que no depende de las circunstancias, ni de las tendencias, ni de las voces del momento.

Porque todo lo que necesitamos, ya nos fue dado. Y todo lo que fue dado, permanece para siempre.



Capítulo diez

VOLVER A LA CENTRALIDAD DE LA PALABRA

*"Lámpara es a mis pies tu palabra,
y lumbre a mi camino".*

Salmo 119:105

Después de haber recorrido el diagnóstico de una generación marcada por la dispersión, la fascinación por lo oculto, la superficialidad espiritual y la pérdida de fundamentos, la pregunta que emerge con fuerza no es solo qué está mal, sino qué debemos hacer. Porque la verdad no fue dada únicamente para ser entendida, sino para ser vivida; no solo para ser expuesta, sino para producir una respuesta.

Y la respuesta, aunque profunda en sus implicancias, es sencilla en su esencia: volver a la centralidad de la Palabra. No como un concepto teológico, no como una declaración doctrinal más, sino como una realidad práctica, diaria, intencional. Volver a la Palabra significa restaurar su lugar como autoridad suprema, como fuente primaria, como fundamento inamovible de la vida del creyente y de la Iglesia.

Este regreso no es automático ni superficial; es una reforma. Y toda reforma verdadera comienza en el corazón.

Antes de ser un movimiento colectivo, debe ser una decisión personal. Porque no hay transformación en la Iglesia sin transformación en los individuos que la componen. No hay renovación estructural sin una restauración interna. Cada creyente está llamado a revisar su relación con la Palabra, a examinar qué lugar ocupa realmente en su vida, no en teoría, sino en la práctica.

Volver a la centralidad de la Escritura implica recuperar el tiempo con Dios. No como una obligación religiosa, sino como una necesidad vital. Significa volver a abrir la Biblia no para buscar respuestas rápidas, sino para encontrarse con la voz de Dios. Significa detener el ritmo acelerado, silenciar el ruido constante y disponerse a escuchar.

El salmista declara: ***“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Salmos 119:11)***. Esto no habla de un contacto superficial, sino de una internalización profunda. La Palabra no fue dada solo para ser leída, sino para ser guardada, atesorada, incorporada al corazón de tal manera que transforme la manera de pensar, de sentir y de vivir.

Pero este regreso también requiere disciplina. Porque en una cultura de distracción constante, la profundidad no ocurre por accidente. Requiere decisión, constancia,

perseverancia. Requiere elegir la Palabra por encima de otras voces, priorizar la verdad por encima del entretenimiento, valorar lo eterno por encima de lo inmediato.

Josué 1:8 establece un principio claro: *“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él...”*. La meditación bíblica no es un ejercicio ocasional, es un estilo de vida. Es una relación continua con la Palabra que produce dirección, sabiduría y firmeza. Pero no solo se trata de una reforma personal; también es necesaria una reforma en la Iglesia.

Durante mucho tiempo, en muchos contextos, la Palabra ha sido desplazada del centro. Ha sido rodeada de elementos secundarios, de dinámicas que, aunque no necesariamente malas, han comenzado a ocupar el lugar que le corresponde. La predicación ha sido reemplazada por discursos motivacionales, la enseñanza por experiencias emocionales, la formación por eventos.

Y en ese proceso, la Iglesia ha perdido profundidad. Ha ganado actividad, pero ha perdido sustancia. Ha multiplicado recursos, pero ha debilitado fundamentos.

Volver a la centralidad de la Palabra implica restaurar la predicación ungida, recuperar el valor del discipulado, formar creyentes en la verdad, no solo inspirarlos momentáneamente. Implica levantar una generación que conozca la Escritura, que la entienda, que la ame y que la viva.

Pablo instruye a Timoteo con una claridad que no admite interpretaciones livianas: ***“Que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina”*** (2 Timoteo 4:2). Este mandato no ha perdido vigencia. Es más necesario hoy que nunca.

La Iglesia no necesita más creatividad que reemplace la verdad; necesita verdad que transforme. No necesita más contenido que entretenga; necesita Palabra que confronte, que edifique, que produzca vida. Sin legalismo, sin religiosidad y bajo una verdadera unción espiritual.

Este retorno también implica recuperar el temor de Dios. Porque la centralidad de la Palabra no puede sostenerse en un corazón liviano. Requiere reverencia, requiere humildad, requiere disposición a ser corregidos, a ser alineados, a ser transformados.

Isaías 66:2 declara: ***“Pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”***. Este es el tipo de corazón que puede sostener una vida centrada en la Escritura. No el que busca confirmar sus ideas, sino el que está dispuesto a someterse a la verdad.

Volver a la Palabra es, en esencia, volver a Dios. Porque no hay forma de separarlos. La Escritura es la expresión de Su voluntad, de Su carácter, de Su verdad. No podemos decir que buscamos a Dios mientras descuidamos

Su Palabra, ni podemos afirmar que amamos la verdad mientras ignoramos aquello que Él ha revelado.

Este llamado no es solo para unos pocos, no es solo para líderes, no es solo para maestros. Es para toda la Iglesia. Porque la salud del cuerpo depende de la fortaleza de cada uno de sus miembros.

Y en una generación con comezón de oír, donde las voces abundan y la verdad compite con innumerables propuestas, volver a la centralidad de la Palabra no es una opción entre muchas, es la única forma de permanecer firmes.

Porque solo la Palabra sostiene. Solo la Palabra alinea. Solo la Palabra ilumina. Todo lo demás puede acompañar, pero nada puede reemplazarla. Y cuando la Iglesia vuelve a la Palabra, no solo recupera su fundamento, recupera su identidad, su autoridad y su propósito. Porque fue edificada sobre la verdad... y solo en la verdad puede permanecer.



Capítulo once

CUIDADOSOS AL ESTUDIAR Y AL ENSEÑAR LA BIBLIA

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”.

2 Timoteo 2:15

Al llegar al final de este recorrido, es necesario detenernos no para relajarnos, sino para examinarnos, porque todo lo que hemos considerado a lo largo de estas páginas nos conduce inevitablemente a una responsabilidad que no podemos evadir, la responsabilidad de cómo tratamos la Palabra de Dios.

La verdad es que no estamos hablando de un libro más, no estamos manejando ideas humanas, no estamos transmitiendo opiniones personales, estamos delante de la revelación del Dios vivo, y por lo tanto, cada vez que abrimos la Escritura, cada vez que enseñamos, cada vez que escuchamos, entramos en un terreno santo que demanda reverencia, temor y fidelidad.

Sin embargo, vivimos en una generación donde la ligereza ha reemplazado al peso, donde la opinión ha desplazado a la verdad y donde la novedad ha tomado el lugar de la fidelidad, por eso este no es solo un llamado a mejorar métodos, es un llamado a alinear el corazón, porque el problema nunca fue meramente intelectual, siempre ha sido espiritual, y cuando el corazón se desvía, la interpretación se contamina.

Cuando el corazón busca protagonismo, la enseñanza se distorsiona, y cuando el corazón pierde el temor de Dios, la Palabra comienza a ser tratada como material flexible en lugar de como autoridad absoluta, por eso es necesario hablar con claridad tanto a quienes enseñan como a quienes escuchan, porque ambos tienen una responsabilidad delante de Dios.

El que enseña no puede hacerlo livianamente, no puede hablar sin haber sido confrontado primero por la verdad que predica, no puede usar la Escritura para sostener sus ideas ni manipularla para agradar a los oyentes, no puede buscar aplausos ni reconocimiento, porque no ha sido llamado a ser original sino fiel, no ha sido enviado a entretener sino a anunciar, no ha sido constituido para decir lo que la gente quiere oír sino lo que Dios ya ha dicho.

Sin duda, esto implica disciplina, implica estudio serio, implica respeto por el contexto, implica dependencia del Espíritu Santo, implica renunciar al deseo de destacarse para abrazar el llamado a servir, porque cada palabra mal

enseñada no es un simple error, es una distorsión que puede afectar la vida de otros, y esto es más serio de lo que muchos están dispuestos a reconocer.

Por su parte, quienes escuchan, tampoco están exentos de responsabilidad, porque no todo lo que suena profundo es verdadero, no todo lo que emociona edifica, no todo lo que parece espiritual proviene de Dios, y por eso el creyente no puede ser pasivo, no puede aceptar todo sin discernimiento, no puede construir su fe sobre frases impactantes o interpretaciones novedosas, sino que debe aprender a examinar, a comparar, a volver al texto, a desarrollar un amor genuino por la verdad.

Una fe madura no depende de lo que otro dice, sino de lo que han aprendido a confirmar en la Palabra, y aquí es donde ambos caminos se encuentran, porque tanto el que enseña como el que aprende deben someterse a la misma autoridad, la Escritura, y cuando esto sucede, la Iglesia se fortalece, la verdad se preserva y el nombre de Dios es honrado.

Sin embargo, cuando esto se pierde, todo se vuelve inestable, porque sin un fundamento firme, cualquier viento de doctrina puede arrastrar a las personas, por eso es urgente recuperar el temor de Dios en relación a Su Palabra, entender que respetar las Escrituras es respetar a Dios mismo, que no se puede separar la reverencia por la Palabra de la reverencia por Aquel que la inspiró, y que cada vez que torcemos el texto, cada vez que lo sacamos de contexto, cada vez que lo

usamos para nuestros propios fines, no estamos simplemente cometiendo un error interpretativo, estamos deshonrando la voz de Dios.

Esto debería producir en nosotros un santo cuidado, una actitud de humildad, una disposición constante a corregirnos, a aprender, a alinearnos, porque nadie está por encima de la Palabra, nadie tiene autoridad para modificarla, nadie ha sido llamado a mejorarla, sino a obedecerla y a transmitirla con fidelidad.

En medio de una generación que busca lo nuevo, lo impactante y lo diferente, el verdadero desafío es permanecer en lo eterno, en lo que no cambia, en lo que ha sido establecido por Dios desde el principio, porque la verdad no necesita ser actualizada, necesita ser proclamada, y cuando esto se hace con integridad, el Espíritu Santo respalda, convence, transforma y establece.

No por la elocuencia del hombre ni por la complejidad del mensaje, sino por el poder de la verdad misma, por eso este cierre no es simplemente una conclusión, es una convocatoria, una invitación a volver al lugar correcto, a tratar la Palabra con el honor que merece, a enseñarla con fidelidad y a recibirla con humildad.

Debemos abandonar la superficialidad, debemos rechazar la manipulación, debemos resistir la tentación de lo novedoso cuando se aparta de la verdad, y debemos abrazar nuevamente la sencillez poderosa del Evangelio, porque al

final, no será la creatividad lo que sostenga a la Iglesia, sino la verdad.

No será la originalidad lo que transforme vidas, sino la fidelidad, y no será la cantidad de lo que se dice, sino la pureza de lo que se transmite lo que marcará la diferencia en esta generación.



CONCLUSIÓN

“Volver al temor de Dios en medio del ruido”

Después de haber recorrido este camino, ya no estamos frente a un simple análisis, ni ante una reflexión teórica sobre los tiempos que vivimos. Estamos frente a un llamado. Un llamado urgente, necesario, ineludible. Porque lo que está en juego no es un matiz doctrinal, ni una diferencia de enfoques, sino la fidelidad misma del corazón a la verdad de Dios.

Hemos visto cómo una generación entera puede desviarse no por rechazar la verdad, sino por reemplazarla. No por negar la Escritura, sino por desplazarla. No por abandonar la fe, sino por redefinirla según sus propios deseos. Y en ese proceso, la comezón de oír se ha convertido en un síntoma visible de una enfermedad más profunda: la pérdida del temor de Dios.

Porque cuando el temor de Dios se debilita, todo se vuelve negociable. La verdad se relativiza, la obediencia se posterga, la santidad se flexibiliza y la Palabra pierde su peso. El hombre comienza a ubicarse en el centro, y desde allí interpreta, selecciona, adapta y decide qué aceptar y qué descartar.

Pero el Reino de Dios no funciona bajo esa lógica. Dios no se adapta al hombre; es el hombre quien debe alinearse con Dios. La verdad no cambia para acomodarse a

nuestras preferencias; somos nosotros quienes debemos ser transformados por ella.

El temor de Dios no es una emoción pasajera, ni una sensación momentánea; es una postura del alma. Es reconocer quién es Él y quiénes somos nosotros. Es entender que estamos delante del Dios santo, eterno, soberano, cuya Palabra no puede ser tratada con liviandad.

Eclesiastés 12:13 lo resume con una claridad contundente: *“El fin de todo el discurso oído es este: teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre”*. No es una recomendación opcional, es la esencia misma de la vida correcta.

Sin embargo, en una generación saturada de voces, el temor de Dios ha sido reemplazado por la familiaridad excesiva, por la ligereza, por una espiritualidad que busca sentirse bien más que ser transformada. Se habla de Dios, se canta a Dios, se consume contenido sobre Dios, pero muchas veces se ha perdido la reverencia hacia Él.

Y sin temor de Dios, no hay verdadera revelación. Porque Dios no derrama Su luz sobre corazones livianos, ni revela Su verdad a quienes no la honran. La revelación no es el resultado de la curiosidad, sino de la reverencia. No es una recompensa al que busca lo oculto, sino una respuesta al que se humilla delante de lo revelado.

Como dice el **Salmo 25:14**: “*La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto*”. La profundidad espiritual no está reservada para los curiosos, sino para los reverentes. No se alcanza explorando misterios, sino caminando en obediencia.

Por eso, este libro no es un llamado a saber más, es un llamado a volver mejor. Volver a la Palabra de verdad, volver al fundamento, volver al temor de Dios. Es tiempo de dejar de correr detrás de voces que no pueden sostenernos, de enseñanzas que no pueden transformarnos, de contenidos que solo alimentan la curiosidad, pero no edifican el alma.

Es tiempo de detenernos, de hacer silencio, de volver a abrir la Escritura con reverencia, con hambre genuina, con un corazón dispuesto no solo a escuchar, sino a obedecer. Porque el problema no es que Dios no esté hablando. Como dice **Hebreos 1:1**, Él ha hablado, y su voz sigue vigente, clara, suficiente.

El problema es que el ruido nos ha distraído, la liviandad nos ha adormecido y la curiosidad nos ha desviado. Pero aún estamos a tiempo, a tiempo de volver, a tiempo de corregir el rumbo, y a tiempo de restaurar el altar con temor reverente. Porque la liviandad nunca será una plataforma digna para la revelación.

Dios no se revela en la superficialidad, ni en la prisa, ni en la dispersión. Se revela en el lugar de la rendición, en

el terreno de la obediencia, en el corazón que tiembla ante Su Palabra.

El problema no es la tiniebla, es la falta de luz. Y la luz ya fue dada, no necesitamos descubrirla, solo necesitamos volvernos a ella. Ruego que esta generación deje de rascar la comezón de oír... y comience, finalmente, a escuchar y a obedecer la voz del Señor.



PALABRA PARA LÍDERES DE HOY:

Pienso que después de todo lo leído, después de todo lo considerado, después de todo lo expuesto, si algo debe quedar grabado en lo más profundo del corazón, es esto: que la Palabra de Dios no nos fue dada para ser manipulada sino para ser obedecida, no nos fue confiada para que la adaptemos a nuestros deseos sino para que nosotros nos rindamos a su verdad.

La Palabra de Dios no fue inspirada para que la usemos como herramienta de validación personal sino como autoridad absoluta sobre nuestra vida, y cada vez que olvidamos esto, cada vez que la torcemos, cada vez que la suavizamos, cada vez que la complicamos innecesariamente, cada vez que buscamos en ella algo distinto a lo que Dios quiso decir, nos alejamos no solo del texto, sino de Aquel que la inspiró y nos llamó para anunciarla.

No se puede honrar a Dios ignorando Su Palabra, ni se puede amar la verdad mientras se la distorsiona, ni se puede caminar en luz mientras se redefine lo que Él ya estableció, por eso el llamado es urgente, no para algunos, sino para todos los líderes de este tiempo, trabajemos con temor de nuestro Señor, porque ciertamente le amamos y la mejor manera de demostrárselo es sirviéndole con reverente temor.

Si quienes enseñamos tratamos la Palabra con reverencia y cuidado, todos tomarán ejemplo y comprenderán lo delicado de esta tarea. Entonces, cuando

escuchen lo harán con reverencia, cuando aprendan lo harán con cuidado, cuando obedezcan, lo harán con pasión.

Al final, todos, sin excepción, daremos cuenta de cómo respondimos a la verdad que nos fue revelada, y en ese día no tendrá peso lo novedoso, no tendrá valor lo impactante, no será reconocida la originalidad, sino la fidelidad con la que tratamos y vivimos la verdad.

Dios no preguntará cuánto sabíamos del hebreo o del griego, sino qué hicimos con lo que Él dijo, no va a evaluar cuán profundas eran nuestras interpretaciones, sino cuán alineada estaba nuestra vida con Su Palabra, y esto debería producir en nosotros un santo temblor, una reverencia real, una decisión firme de no jugar con lo sagrado, de no tomar livianamente lo eterno, de no convertir en común aquello que Dios declaró santo.

La Escritura no es un campo para la creatividad humana, es el terreno donde Dios ha establecido Su verdad, y fuera de esa verdad no hay vida, no hay luz, no hay dirección, por eso en una generación que corre detrás de lo nuevo, el mayor acto de fidelidad es permanecer en lo verdadero.

En una generación que busca voces diferentes, el mayor acto de obediencia es escuchar la voz de Dios tal como Él la ha dado, en una generación que quiere adaptar el mensaje, el mayor acto de honra es someterse a él sin

reservas, y tal vez no sea lo que muchos quieren oír, pero sigue siendo lo que todos necesitamos.

Al final, cuando todo pase, cuando las voces se apaguen, cuando las modas desaparezcan, cuando las interpretaciones humanas queden expuestas, solo una cosa permanecerá firme, la Palabra de Dios, y bienaventurado aquel que no solo la oyó, sino que la guardó, la honró y la vivió, porque ese no será avergonzado, sino hallado fiel delante de Aquel que habló y cuya voz sigue resonando con la misma autoridad, la misma pureza y el mismo poder.



ORACIÓN FINAL:

Padre eterno, Dios santo, nos acercamos a Ti reconociendo que muchas veces hemos oído más de lo que hemos obedecido, que hemos buscado más de lo que hemos permanecido, y que hemos deseado más lo novedoso que lo verdadero...

Hoy venimos delante de Tu presencia no con argumentos, sino con un corazón necesitado. No con la pretensión de saber, sino con la humildad de quien reconoce que necesita volver...

Perdónanos, Señor, por cada vez que hemos tratado Tu Palabra con liviandad, por cada momento en que la hemos relegado a un segundo lugar, por cada ocasión en la que hemos prestado más atención a voces humanas que a Tu voz eterna...

Perdónanos por haber buscado profundidad en lo oculto, mientras descuidábamos la riqueza inagotable de lo revelado. Por haber corrido detrás de enseñanzas que alimentaban nuestra curiosidad, pero no transformaban nuestro corazón...

Límpianos, Señor, de toda mezcla, purifica nuestros pensamientos, ordena nuestros afectos, alinea nuestra mente con Tu verdad, quita de nosotros toda comezón de oír que no provenga de un hambre genuina por Tu voz. Arranca de raíz toda inclinación hacia lo superficial, hacia lo emocional sin fundamento, hacia lo espiritual sin verdad...

Danos, Señor, un corazón que tiemble ante Tu Palabra, un espíritu sensible a Tu voz, una disposición firme para obedecer, aun cuando no sea cómodo, aun cuando confronte, aun cuando nos llame a cambiar...

Restáuranos en el temor de Dios, no como miedo, sino como reverencia, no como distancia, sino como honra, no como obligación, sino como una respuesta de amor a Tu santidad...

Enséñanos a volver a la Escritura con hambre, con sed, con expectativa santa. Abre nuestros ojos para ver sus maravillas, danos entendimiento para comprenderla y gracia para vivirla. Haznos hombres y mujeres arraigados en la verdad. No movidos por emociones pasajeras, no influenciados por corrientes cambiantes, no seducidos por lo llamativo, sino firmes, estables y establecidos en Cristo...

Guárdanos del engaño, Señor...

Danos discernimiento para reconocer la verdad en medio de la mezcla. Libranos de toda voz que no provenga de Ti, aunque parezca espiritual, aunque suene profunda, aunque sea popular. Que Tu Palabra vuelva a ser el centro de nuestras vidas. El fundamento de nuestras decisiones, la medida de nuestras convicciones, la luz de nuestro camino...

Levanta, Señor, una generación que no tenga comezón de oír, sino pasión por obedecer. Una Iglesia que no busque entretenerse, sino transformarse. Un pueblo que no corra detrás de lo nuevo, sino que permanezca en lo eterno...

Haznos volver, Señor... Volver al altar, volver a la intimidad, volver a la verdad, y que nunca más cambiemos la voz que salva, por voces que solo distraen...

Te lo pedimos en el nombre de Jesucristo, la Palabra hecha carne, la verdad eterna, y la única voz que queremos seguir... ¡Amén!



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

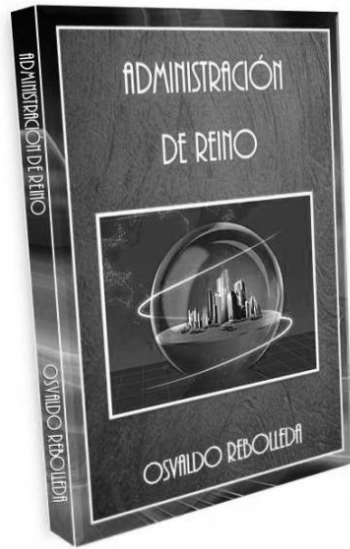
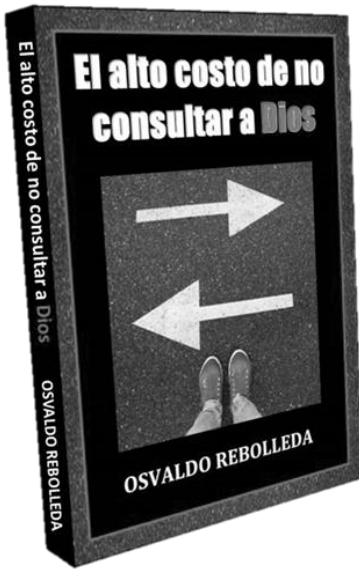
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

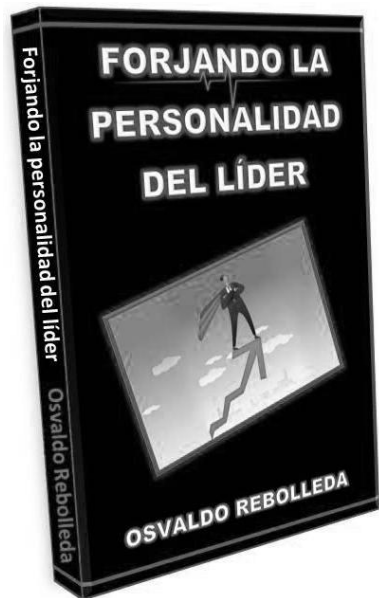
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

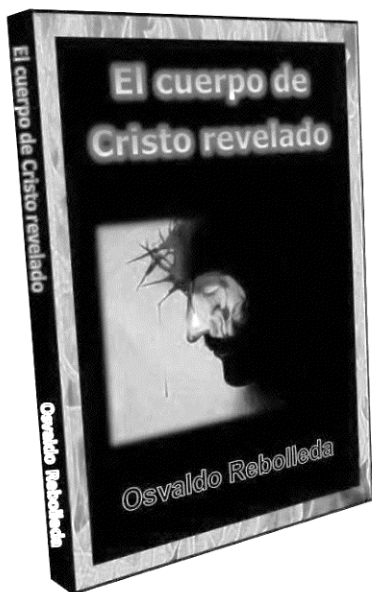
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

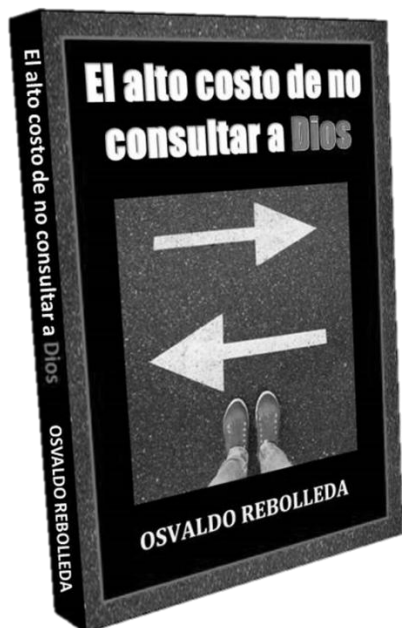


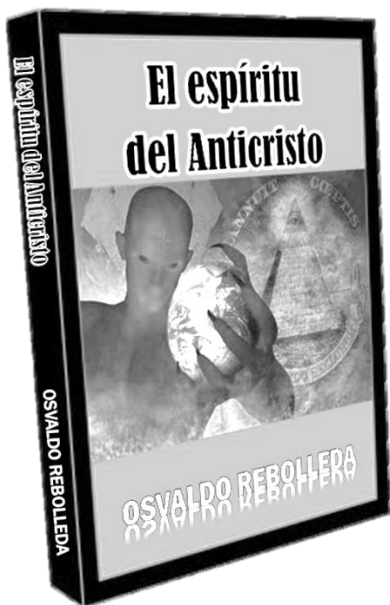
www.osvaldorebolleda.com



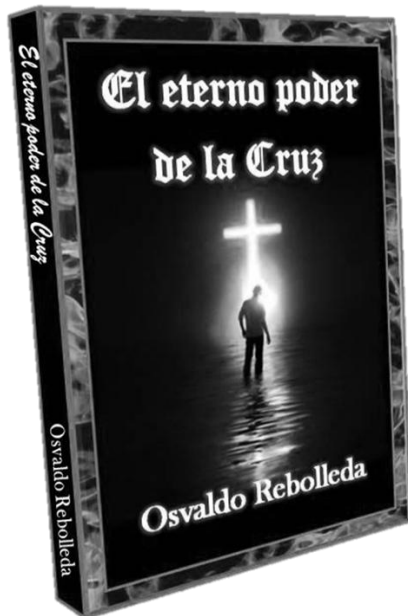
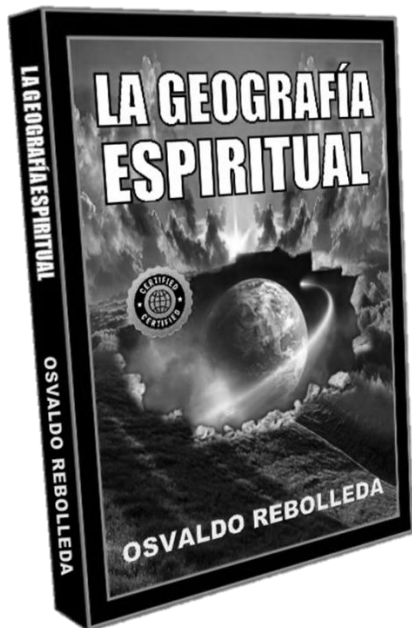


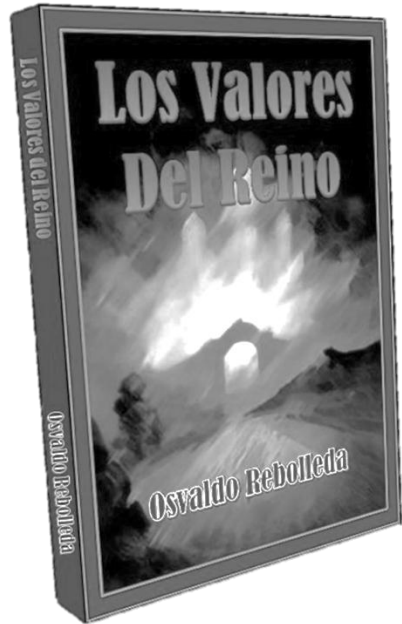
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com

